

# Transfiguración nacional

## Apostillas sobre el arte como posibilidad educativa

Francisco Andrés Escobar

Resumen

*Exceptuando una reducida élite, la vida nacional está alejada de los valores del espíritu por el consumo, el individualismo, el machismo y la degradación ética. En este contexto, la reforma educativa y, en concreto, el arte se presentan como una oportunidad para reencontrar las fuentes de la identidad nacional. No se trata únicamente de reformar programas de estudio, sino de algo mucho más profundo. Las generaciones adultas deben repensarse y rehacerse, pues en gran medida, la deleznable sociedad nacional actual es producto de lo que ellas han querido ser y hacer.*

### I

Sospechosamente machista, insoportablemente sucia, abiertamente agresiva e incontrolablemente violenta, la sociedad salvadoreña es hoy por hoy uno de los ámbitos más refractarios respecto del arte. Engolosinada hasta la obsesión o el hartazgo con las condiciones materiales de la vida, permanece alejada de los altos valores del espíritu. Es cierto que hay algunas élites productoras o consumidoras de los bienes de los haceres estéticos; es cierto que hay sectores cultivados que buscan un acceso regular a estas manifestaciones de la cultura; no obstante ello, la gran mayoría, la “guanaxia irredenta”, como la llaman algunos intelectuales, permanece en una postración espiritual a todas luces lamentable.

Por impotencia en los pobres, por prepotencia en los mejor dotados, la mayoría de hombres y mujeres salvadoreños que integran la “guanaxia”—la “guanacada”, como despectivamente se la ve y se la llama— no ve más allá de un inmediatismo presentista. A falta de valores y horizontes trascendentales, ha puesto en el solio máximo de su axiología colectiva: el negocio, el fútbol, el alcohol, la comilona y el bailongo.

Incapaz de elevación espiritual, la guanaxia ha convertido la actividad económica en rapiña; el convivio social en agresión; la justicia en impunidad y trampa; la política en oportunismo; la religión en culto sin carne, ni aliento; el amor en cópula indiscriminada y obsesiva; y el arte en cosa de maricas, de locos o de desocupados.

## La gran mayoría, la “guanaxia irredenta”... permanece en una postración espiritual a todas luces lamentable.

Por eso las expresiones más queridas por la guanacada son: “rebuscarse en el bisnes”, “dar verga”, “hacer una movida”, “componerse”, “no creer, ni dejar de creer”, “pisar a lo descosido” y “¡culeros, culeros, culeros!”. Son expresiones “amadas”, porque expresan a cabalidad el sustrato más último de una nacionalidad que se sabe inferior e ignorante. De una nacionalidad cuyo profundo sentimiento de inferioridad lo disfraza con la matonería del machismo, y cuya ignorancia rampante la parapeta tras los desafueros de la insolencia. El clásico silbido del “¡qué cuero!” y el otro no menos clásico de “¡la vieja!” son otros signos “amados” del abajamiento de la sociedad nacional al mal gusto intolerable, a la castrada imaginación y a la ramplonería cansina.

Con poca posibilidad de error, puede decirse que, en muchos salvadoreños y salvadoreñas, ha cundido una psicología de perro, se ha desarrollado el psiquismo del “chucho nacional”: la primera preocupación fundamental es ver a quién se le quita el bocado, y la segunda y última: ver dónde se depositan o reciben los desagües de una brama sexual perenne.

Culpables, a lo largo del siglo, de esta degradación espiritual con que se despide a sus últimos años y se reciben los primeros del siguiente, hay muchos: *los gobernantes*, por no haber podido concebir un proyecto de nación y un proyecto de salvadoreño, y de salvadoreña, en el que, a la eficacia en la solución práctica de los problemas inmediatos se hubiera adicionado la vocación por elevar la progresión del espíritu.

*Los conductores del poder económico*, por haber instalado el lucro en el lugar del dios mayor de destinos y afanes; por haber mediatizado la sociedad toda para el logro de un propósito tan menor e inhumano; por haberse olvidado de los valores de la generosidad y la misericordia; y por haber dado al traste y convertido en letra muerta la función social de la propiedad.

*Los conductores del hacer político*, por

haberse servido de la incompetencia y la mentira para el logro de propósitos egoístas y sectoriales relacionados con la obtención del poder por el poder mismo, con olvido flagrante del compromiso al que obliga todo poder lícitamente logrado y sanamente ejercido.

*Los administradores de la economía pública*, por haber escamoteado fondos, que debieron haber potenciado el desarrollo de la educación y la promoción de la cultura, para facilitarlos a políticos y militares venales y corruptos que se enriquecieron con ellos.

*Los conductores de la educación y de sus diversas instancias*, por haber accedido a que el poder utilizara la ignorancia y la fuerza como mecanismos de conducción y de sojuzgamiento social; por haber soslayado la propuesta de un verdadero proyecto educativo de largo plazo que cultivara en la gente los diversos saberes, haceres y sentires implicados en el hecho de ser ciudadanos de un país y habitantes de este planeta; por haber dejado en manos de “maestros” oportunistas e inexpertos la delicada y profunda tarea de educar —descubrir conocimientos, desarrollar habilidades y generar actitudes—, sin haberles pedido cuenta sobre su idoneidad teórica, su eficacia técnica, y su responsabilidad ética.

*Los conductores de las diversas iglesias*, por no haber tenido el valor —salvo consagradas excepciones— para señalar al poder, desde criterios estrictamente morales, el desacierto que cometía al ponderar el embrutecimiento como opción preferencial para perfilar el talante de los salvadoreños; por haber pactado muchas veces con los pocos y los grandes, a expensas de las evidentes calamidades de las mayorías así conscientemente embrutecidas, y por no haber señalado a éstas sus pecados “reales e históricos”, hábil o ingenuamente escamoteados tras un espiritualismo a ultranza.

*Los conductores del aparato militar*, por haber esquilmo los dineros de todos; por haber izado

la bandera de la inmoralidad como supremo estilo de vida del espíritu; por haber adjudicado a la irracionalidad y a la fuerza el papel de criterios rectores en la conducción de los destinos del país; por haber dado un ejemplo de felonía, brutalidad, inmisericordia, insensibilidad y deshumanización.

*Los conductores de los medios de comunicación*, por haberse prestado al juego malévolo de suscitar expectativas y necesidades irreales; por haber expresado una clara opción preferencial por el dominio de "las cosas"; por haber exportado la violencia irracional e injusta, el sexo desaforado, y el consumismo desenfrenado hasta los ámbitos materiales y espirituales más recónditos y secretos de la colectividad humana nacional; por haber hipotecado la identidad nacional en beneficio de otras identidades centrales e invasoras.

*Los conductores de la institución familiar*, por haber hecho de la ocasión y del descuido un modo de paternizar y de maternizar a la prole; por no haberles dado a los hijos los medios materiales suficientes para subsistir, ni los soportes espirituales imprescindibles para existir; por no haberse plantado crítica y enérgicamente frente al deslave moral que en el fondo querían el poder y sus diversas instancias civiles y militares, para obnubilar la conciencia nacional y obtener las ganancias que siempre dejan las aguas turbulentas; por no haber dedicado el tiempo necesario y suficiente a la prole para sembrar y mantener en ella la presencia de los altos valores del espíritu que vuelven la vida más vivible.

Finalmente, *los ciudadanos todos*, por haber ido como "borregos" al holocausto moral sin oponer la resistencia, también moral, que tamaño despropósito ameritaba.

Con motivo de estas comisiones y omisiones nefastas, el país, desde el punto de vista físico, aparece como un único y crecido mercado cuyos vendedores y compradores no conocen los basureros, ni los servicios sanitarios. Desde el punto de vista psicológico, como un matón —andrógeno y androide— lascivo, patético y agresivo. Y desde un ángulo espiritual, como una Celestina, proxeneta y prostituida, que observa con ojos de malicia a su víctima o a su cliente próximo,



mientras con una mano acaricia en el bolsillo un atado de billetes y monedas, y con la otra se santigua beatamente ante un crucifijo de barro.

La existencia de honrosas excepciones personales y grupales confirma este panorama humano doloroso, pero real; lamentable, pero perceptible por cualquier inteligencia lúcida que, sin triunfalismos nacionalistas ni subjetivismos chauvinistas, se decida a avocarse a un mínimo diagnóstico moral de lo salvadoreño.

## II

En estas condiciones, el aparecimiento de la propuesta de la Comisión de Educación Ciencia y Desarrollo adquiere el carácter de una "utopía pedagógica" que busca rescatar al país del deslave moral más profundo y violento de su historia. *Utopía*, porque señala un mejor "lugar" hacia donde pueden y deben ser conducidos los destinos materiales y espirituales del país; *pedagógica*, porque entiende que la piedra de toque para ese tránsito es la educación, entendida más bien como

tránsito es la educación, entendida más bien como la *reeducación* de un conglomerado de hombres y mujeres que deben aprender mucho sobre la existencia de un nuevo destino nacional, y mucho sobre los modos racionales para alcanzar tal destino.

Bien vista, la propuesta de la comisión aparece como el borrador para la declaración de "una segunda independencia". Ciertamente es que tiene elementos criticables, ampliables y replanteables. Ciertamente es, también, que carece de un planteamiento operativo. Pero es que la propuesta busca más bien insuflar un espíritu que pragmatizar una acción. Toca a los especialistas y técnicos buscar los mecanismos para que ese espíritu renovador se vuelva operante, como toca a los conductores del aparato educativo velar porque este aliento nuevo, que pretende sacar al país de la miasma intelectual y espiritual en que ha caído, no vaya a quedar aniquilado por las tendencias inmovilistas, por los cervales miedos a la transformación y al cambio, de todos aquellos que desearían quedarse en la deleznable y discutible comodidad de como las cosas ya están.

### III

Entre los diversos capítulos de la propuesta, destaca, por su inusitada inclusión en documentos de esta índole, el relativo a "El arte como vehículo de educación". No es que el tema sea nuevo: corresponde al viejo ideal de la *paideia* griega; no es que se insista en él por primera vez en el país: ya el maestro Gavidia lo había abordado en sus viejas y certeras preocupaciones durante su trabajo como funcionario de Instrucción Pública. Es que, eso sí, por primera vez en la segunda mitad de este siglo, un proyecto de reforma del modo de ser de la nacionalidad —que eso es también la propuesta— incluye al arte como posibilidad operante de la educación, y no como un ámbito más al que se deba recurrir para llenar vacíos, para ocupar tiempos, o para guardar cierta imagen de respetabilidad y credibilidad frente a otras sociedades más evolucionadas en estos aspectos.

El arte es una posibilidad de lo real. En la realidad primera —Dios, para el creyente— y en la realidad segunda e intramundana —naturaleza,

persona e historia—, hay arte posible. El artista es un ser humano que, dotado de vocación y potenciada su vocación por la técnica, actualiza en su obra la posibilidad estética de lo real. En esa obra, lo real queda plasmado en su esencialidad y en su universalidad.

Si esto es así, el arte es posibilidad de conocimiento. Lo real, y las estructuras de lo real, pueden ser conocidos a través de la obra artística. La obra de arte es realidad condensada en los códigos del lenguaje propio de la expresión artística en cuestión —pintura, literatura, música, etc—. Puede, en consecuencia, suscitar procesos de decodificación y aprehensión sobre el ámbito de lo real que ha servido de matriz a tal obra.

El arte es también una forma del lenguaje, cuyo conocimiento y dominio exigen disciplina y potencia la creatividad. La danza tiene su propio lenguaje, el teatro tiene su propio lenguaje, la escultura también tiene el suyo, etc. Un artista es aquel que sabe manejar con propiedad los códigos y las formas propias del ámbito estético en el que realiza su obra. El degustador de arte, el buen receptor de obras artísticas —que en el fondo es también un artista de la percepción estética— es aquel que "sabe oír" lo que la obra dice, que sabe "sentirla" mucho más que entenderla.

El arte es, enseguida, un modo para establecer y perennizar la identidad cultural. La identidad cultural es el conjunto de saberes, haceres y sentires con que los hombres y las mujeres de una determinada sociedad y de una determinada época cultivan su realidad natural, personal e histórica pertinente. Un modo eminente para que esos saberes, haceres y sentires establezcan el perfil de la nacionalidad y la fijan de cara al tiempo, al espacio y al olvido, es la expresión artística: por lo que ella tiene de profunda y de esencial.

Esta, y otras, son sobradas razones para recuperar el talante del arte, tan venido a menos en una sociedad que, a fuerza de materialismo y pragmatismo ramplones, ha terminado por esquinarlo y estigmatizarlo como un hacer que nada produce y a nada lleva.

El arte, tal como la propuesta parece concebirlo, significa un apuntalamiento fuerte de todo

un proceso de *reeducación social*, por cuya virtud puedan surgir artistas creadores, dignos y seguros de su oficio, y hombres y mujeres sensitivos, capaces de ser "artistas de la percepción estética", es decir, seres humanos con capacidad para el disfrute estético. Significa, también, un esfuerzo por superar la perversión del intelecto que ha terminado por establecer que el deporte —y cuanto más fuerte mejor— es cuestión de hombres machos y de mujeres machistas, en tanto que la elaboración artística es asunto de afeminados y de marimachas. Es un esfuerzo por superar la otra perversión intelectual por cuyo dictado las carreras "técnicas" son patrimonio de personas normales y serias, mientras que el arte, y las humanidades en general, son el campo por donde transitan las personas raras y desquiciadas.

En realidad, una sociedad que haya llegado a tales perversiones y que consienta perpetuarse en ellas, es una sociedad que ha perdido, por completo, la visión total no sólo de la educación, sino del hecho de ser humano y de estar vivo. El deporte y las disciplinas intelectuales científicas y técnicas deben potenciarse, sí, y al máximo; pero también el arte y las disciplinas humanísticas deben ponerse a producir a sus mayores niveles. Sólo así pueden conseguirse hombres y mujeres integrales e integradores en su visión de la realidad. Lo contrario es castrar a ambos, culturalmente hablando.

#### IV

Para que la educación —y en ella el arte— puedan cumplir con este nuevo talante con que los asume la propuesta, resultan necesarias algunas precisiones y prescripciones. Sobre todo porque, si se ha señalado el "aporte" que cada "protagonista" del deslave moral ha dado a lo largo de todas las décadas anteriores, es preciso, en un afán propositivo, indicar las posibles contribuciones que esta vez también podrían dar, pero en una dirección y con un propósito diferente.

Los *gobernantes* deberán entender que el horizonte de su gestión es el país, y no su partido, ni su bolsillo. Deberán, en consecuencia, pensar en serio en un proyecto de nación —una definición del estilo de sociedad que se quiere llegar a tener

y del estilo de salvadoreños y salvadoreñas que se quiere llegar a ser— para, iniciando la salida del marasmo en los años que restan del siglo, poder desarrollar, a lo largo del próximo, los parámetros fundamentales de la actual "utopía pedagógica nacional" que lleve a la salvadoreñidad a una condición más alta, más noble y más digna —en todos los órdenes de la vida— que la que ahora tiene. En la consideración de este proyecto, deberán pensar que la educación es la *variable* estratégica para el crecimiento económico, para el desarrollo social y para la elevación espiritual.

Los *políticos* deberán entender que la lucha política no termina con el acceso al poder del propio partido, o de la propia organización, y que la mentira, el engaño y la traición a las expectativas de la colectividad no son los medios idóneos para lograr una fraterna y racional convivencia. Deberán entender que su principal misión es velar por la buena conducción de "la cosa pública", concepto que necesariamente debe incluir las circunstancias materiales del vivir colectivo, y las condiciones espirituales de ese mismo vivir. Deberán, asimismo, entender que fomentar la ignorancia, o cohonestar su fomento, no es la mejor forma de "hacer patria". La mayor virtud cívica de un político habrá de ser la propensión a potenciar la visión lúcida, la actitud crítica y la acción constructiva en aquellos sectores del pueblo cuya representación le ha sido confiada.

*La empresa privada y el poder económico*, por la capacidad de incidencia colectiva que ostentan, deberán hacer suya la convicción de que someter y mediatizar el poder político y el poder militar a sus intereses sectoriales, con olvido total de lo que conviene al bien común, es poner las bases para la perenne inestabilidad social. Deberán perder el miedo a pensar amplia y generosamente, y a que la gente de todas las capas sociales piense y hable con sentido crítico y con voluntad transformadora. El mayor "pecado social" de aquellos que sobradamente todo tienen será establecerse como rémora en un proceso donde, con esperanza y esfuerzo, los núcleos más lúcidos de la sociedad nacional están buscando llevarla hacia un estadio de mayor plenitud personal y colectiva.

*Los administradores de la economía pública* deberán saber que los dineros de todos son para beneficio de todos, y que no deben permitir ni el despilfarro de fondos, ni mucho menos su asignación desproporcionada y exclusivista hacia los intereses y las actividades de todos aquellos que, bajo un manto de respetabilidad indiscutible y de gloriosa honorabilidad, utilizan los dineros del arca común para el enriquecimiento excluyente de sus personas y sus familias, dejando al bien común desprovisto de los recursos necesarios para hacer de los ciudadanos del país hombres y mujeres civilizados, antes que seres radicalmente embrutecidos.

*Los conductores de la educación* deberán hacer valer el derecho de ella a instalarse como magna rectora de los destinos materiales y espirituales del país. Deberán despojarla de su carácter subalterno a los vaivenes del poder económico, político y militar, y deberán pensarla como el instrumento idóneo para que los ciudadanos desarrollen la capacidad de abordar y enfrentar críticamente aquellos estilos de poder, de cuestionarlos y de removerlos, racional y lícitamente, cuando no respondan a los intereses del bien común. Deberán, por lo mismo, establecer planes y programas educativos tendientes a formar hombres y mujeres inteligentes — inteligente es quien entiende mejor y “ve” más realidad—, antes que formatos de aprendizaje en los que el abotagamiento memorístico, el enmohecimiento discursivo, y la insensibilidad ante el fenómeno humano, la vida y el mundo, dan como resultado hombres y mujeres emasculados en su condición humana. Deberán, finalmente, confiar los procesos educativos a maestros y maestras con idoneidad teórica, capacidad técnica y responsabilidad ética, a fin de que la materia con que ellos trabajan —lo mejor del ser humano en sus mejores años— se convierta, por su trabajo de verdadero modelaje educativo, en seres intelectualmente evolucionados y emocionalmente sen-

sitivos para habérselas con el hecho de vivir aquí y ahora.

*Los conductores espirituales*, de las diversas confesiones e iglesias, harán bien al asumir, sin temor al poder y con amor a la verdad, el señalamiento del pecado social, allí donde esté. Harán bien, asimismo, al educar a la sociedad nacional, en todos sus estamentos y estratos, para la procreación responsable, para la convivencia fraterna, para la vida civilizada. La lectura ética de la realidad histórica, desde las categorías y los conceptos atingentes a la fe que profesan, podrá ser el instrumento para potenciar la vida terrena como condición de posibilidad de otras formas más altas, de las que la fe, como certeza de lo invisible, es fundamento y sostén. Mal harán los conductores espirituales si propician un solipsismo espiritualista, ignorante de la necesidad de que todos los hombres y mujeres sean entes lúcidos, activos y actuantes sobre el terreno de la historia, antesala de un reino espiritual de orden mayor.

*Los conductores del aparato militar* deberán internalizar y vivenciar la convicción de que el gusto desmedido por el poder es el camino directo al deshonor. La búsqueda desaforada de la riqueza a costa del óbolo común o a costa de actividades moralmente marginales, el aniquilamiento material o moral del adversario económico, político, o de casta, han sido las condiciones que llevaron al estamento militar a perder la credibilidad ante las conciencias lúcidas de la sociedad nacional, y a buscar su recuperación ante la opinión colectiva por las vías del encuadramiento que provee una propaganda triunfalista. Los conductores del aparato militar harán mucho bien aprendiendo esta dura verdad de la historia y reasumiendo su papel de garantes de la vida, la seguridad y la dignidad ciudadanas, y su estatus de estamento sometido a las directrices del poder civil. También no obrarán mal, si entienden que su especificidad y su estilo de acción opera en la sociedad nacional como “modelo” de identificación colectivo, capaz de

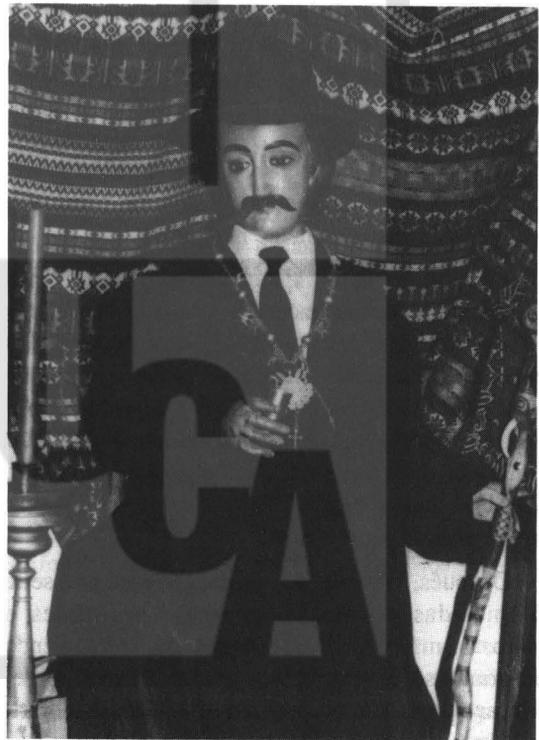
**Un proyecto de reforma del modo de ser de la nacionalidad... incluye al arte como posibilidad operante de la educación, y no como un ámbito más al que se deba recurrir para llenar vacíos.**

capacidad de incidencia no puede quedar librada a la irresponsabilidad y a la prepotencia del que únicamente recurre a la fuerza como medio de hacerse valer.

A los medios de comunicación les corresponde aquilatar su enorme poder sobre la conciencia personal y colectiva. Dueños como son de la palabra escrita y hablada y de la imagen visual, con el poder directo y subliminal que ellas tienen, deberán creer y poner en práctica la capacidad educativa y enaltecedora que los medios tienen, en contrapunto a toda una larga tradición de encuadramiento y *degradación* de los valores y actitudes. Deberán entender que la buena nueva es “quiero que tengan vida y que la tengan en abundancia” y no “quiero que tengan cosas y que las tengan en abundancia”. Sin dejar de aquilatar el valor que las cosas tienen como catalizadoras de muchas condiciones de la vida, harán bien en no absolutizar su imperio, en no someter la conciencia a su dominio, en no convertir el “ser más” —ideal cimero de una sociedad libre, auténtica y humanizada— en “tener más”, *perversión* de una sociedad sometida, emasculada, cosificada, alienada, inhumana en una palabra. Harán bien al fomentar la cultura de la paz, de la sensatez y de la racionalidad, y al no exportar a los hogares “modelos” personales y colectivos cuyos contenidos más inmediatos y más profundos están relacionados con el odio, los celos, la envidia, la ira y el miedo, “gigantes del alma” — en la expresión de Mira y López— que han terminado adueñándose de la conciencia actual y alentando las acciones con que ella resuelve sus contenidos. Harán mucho bien, dándole espacio y ponderación significativos a los materiales que informan o forman sobre educación, arte y cultura, en contrapeso a una tradición en la que estos materiales no han tenido ocasión para llegar, plenos y completos, a la conciencia nacional, o lo han hecho en calidad de materiales de tercer orden e importancia. Finalmente, sin caer en chauvinismos insanos, harán bien potenciando las expresiones propias de la identidad nacional y reduciendo el peso que tienen los materiales pertenecientes a otras identidades extranjeras.

*Los conductores de la institución familiar* deben hacer suyo el mandato de la paternidad y de la maternidad, según el cual sólo los hijos realmente buscados, pedidos y “llamados” garantizan la solidez y la estabilidad de la familia, y la salud colectiva de la sociedad. Sólo cuando los hijos son producto de una decisión física, psicológica y social responsable, es posible dedicar a la prole los recursos materiales y espirituales que la potencien para la vida, y sólo entonces es posible resistir la tentación inexcusable de cargar a otros y en otros el sustento material y el soporte espiritual de los hijos traídos a la vida.

*Los ciudadanos*, en general, deberán aprender que *vivir no es sólo durar* en medio de una serie de circunstancias inmediatas y de solicitudes instintivas. Vivir es gastar los días y los años en la realización de nobles tareas cotidianas, y en la conducción de todo el proceso de la vida hacia destinos más altos. Deberán entender, en consecuencia, que es responsabilidad individual y social desarrollar una conciencia y una actitud lúcidas,



cultivantes y prospectivas para quitar los obstáculos, y para potenciar las condiciones de posibilidad atingentes a una vida digna, noble, alta.

Si bien se ve, pues, la implementación de la "utopía pedagógica nacional" no es sólo reforma de los programas de estudio sistemático para asegurar la "renovación humana" de las nuevas generaciones. Tiene que ver, y mucho, con un esfuerzo profundo de las generaciones adultas por repensarse y por rehacerse ellas mismas, pues, en casi total medida, la deleznable sociedad nacional de este momento es el producto de lo que ellas han querido ser y hacer.

## V

Desde un punto de vista ya muy específico, para que el arte pueda cumplir con su papel de instrumento educativo en este gran esfuerzo de transformación del talante de la sociedad nacional, tienen que ocurrir algunas condiciones importantes.

Primeramente, habrá que definir el perfil de salvadoreñidad con el que se quiere empezar a pasar por la historia a lo largo de los siglos del milenio que viene. Este perfil implica el señalamiento de los *saberes*, *haceres* y *sentires* que cada salvadoreño y cada salvadoreña habrá de desarrollar para ser y sentirse realmente hombre y realmente mujer, realmente humanos.

Enseguida, habrá que establecer los modos cómo el arte puede hacer lo suyo a la hora de ir volviendo real el perfil de salvadoreñidad definido. Estas dos primeras tareas demandan reflexión lúcida sobre el hoy y claridad prospectiva sobre el mañana. Demandan, también, la conjunción de diversas manifestaciones estéticas, para que cada una pueda plantear y luego asumir sus posibilidades y tareas.

Después, viene la implementación de una serie de medidas prácticas que serán más ágiles o morosas, más expeditas o dolorosas, dependiendo de cómo se asuma la propuesta general de reeducar a la nación, y de cómo se aquilate la contribución del arte en este proceso de conversión humana.

La primera medida práctica es el incremento sustancial del presupuesto asignado para la reforma de la educación y para la potenciación del arte. Este presupuesto habrá de servir para desarrollar toda una infraestructura artística sin la cual es imposible que el hacer estético haga lo suyo para cumplir con lo que de él se espera.

En el área de la *literatura*, es impostergable la ampliación y desarrollo de una ágil y eficiente *editora* y *distribuidora* nacional que se encargue de surtir al país con las obras de los clásicos nacionales, con los crecientes aportes de las "voces nuevas", con las grandes obras de la literatura universal, con los textos de estudio y los volúmenes de consulta. Es impostergable, también, la creación y potenciación de "bibliotecas" locales a lo largo de todo el país —en escuelas, colegios y casas de la cultura—, y la educación constante de los usuarios para que accedan a ellas con la actitud del lector responsable y con la eficiencia del investigador adiestrado.

En el área de la *música*, es ostensible la necesidad de potenciar instituciones nacionales y locales donde puedan cultivarse las numerosas vocaciones musicales que habitualmente se pierden por no haber un lugar donde recibir, con la eficiencia y la excelencia necesarias, la formación apetecida.

Es fundamental, también, el desarrollo sostenido de la Orquesta Sinfónica de El Salvador; la creación y desarrollo de otras alternativas musicales: orquesta sinfónica juvenil, orquestas de cámara, conjuntos de música folklórica; el mantenimiento de temporadas nacionales y locales, y de giras provinciales o internacionales; el apoyo a la investigación de la musicología nacional y la publicación de los resultados de estas investigaciones.

En el mundo del teatro, resulta necesaria la restauración y mantenimiento de los tres grandes teatros nacionales con que cuenta el país: el de Santa Ana, el de San Salvador y del de San Miguel. Ellos, puestos a funcionar en buenas condiciones físicas, administrativas y artísticas, pueden actuar como centros neurálgicos que

concentren y expandan en cada región la actividad estética relacionada con las artes escénicas.

Resulta necesaria la creación de una Compañía Nacional de Teatro, con carácter profesional, que pueda llevar a las diversas regiones del país las bondades del arte teatral, y que pueda representar dignamente al país en las justas internacionales.

La subvención al funcionamiento y a las producciones de grupos teatrales pequeños; la promoción de festivales de diversa naturaleza y de diversa cobertura; y la ampliación de la infraestructura teatral —construcción de salas pequeñas en la capital y en el interior del país—, lo que puede hacerse en cooperación con la empresa privada que en este momento se inclina por el desarrollo de la matriz turística, son otros aspectos que podría cubrir el fortalecimiento del arte dramático.

*En pintura* —este es un país de luz espléndida, de formas subyugantes y de colores explosivos—, resulta también necesario: potenciar centros de formación donde puedan tecnificarse las vocaciones; restaurar y mantener una sala o un museo de la pintura nacional; rescatar la pintura de los clásicos salvadoreños; mantener festivales y certámenes en los que puedan mostrar su obra y encontrar su lugar las generaciones de nuevos pintores.

*La danza* —este es un país con un enorme sentido de la cadencia y del ritmo— pide también la dotación de los recursos humanos y materiales necesarios a los centros —Escuela Nacional de Danza, para el caso— de formación. Pide la creación de una Compañía Nacional de Danza, cuya proyección pueda extenderse al interior y al exterior del país; pide, asimismo, la actividad propiciatoria de justas y encuentros, nacionales e internacionales, por cuya virtud el público disfrute y los artistas crezcan.

*En arquitectura y escultura* resulta necesaria la recuperación de los lugares y monumentos históricos; la adquisición y conversión en museos



de las casas donde insignes artistas del país vivieron sus vidas y desarrollaron sus obras; la restauración del centro histórico de la capital del país y de otras ciudades importantes; la creación de museos especializados en escultura y de centros de arte para su aprendizaje; el desarrollo de eventos nacionales e internacionales —bienales, exposiciones—; la legislación sobre los modos, las formas y los estilos para el crecimiento urbano.

El *cine* pide a gritos habilitar salas especializadas en “cine de arte”, donde el público afecto, los estudiantes y maestros, puedan ejercer la degustación cinematográfica de formas y estilos de cine distintos de la exhibición habitual. Pide, también, la creación y desarrollo de una “cinemateca” nacional que pueda antologar y exhibir las películas ya realizadas en el país —por pocas y modestas que sean— y las copias de los grandes filmes universales. Asimismo, solicita el riesgo de empezar a pensar en la producción sostenida de cine salvadoreño —documental y de ficción—, aprovechando los recursos de las crecientes carreras universitarias relacionadas con este ámbito y confiando en las capacidades educativas que esta manifestación artística tiene.

## VI

Paralela a esta creación, ampliación, mantenimiento y desarrollo de una infraestructura artística, la implementación del arte como medio educativo demanda la revisión de las condiciones

para su enseñanza.

Las materias hasta ahora conocidas como idioma nacional, letras y estética han sido y parecen seguir siendo, los lugares óptimos para poner a producir las posibilidades educativas del arte en sus diversas formas. No obstante, es necesario someterlas a una revisión en profundidad.

En primer lugar, habrá que revisar el propósito —el objetivo general, los objetivos específicos, y los contenidos programáticos— de estas asignaturas. Por la experiencia de estas décadas anteriores, la enseñanza de ambas ha cometido un “pecado de irrealidad y de falta de sentido pedagógico”, al querer formar a casi especialistas en “historia del arte y de la literatura”, con olvido de otros propósitos más modestos, pero más sensatos: el cultivo de la sensibilidad y el gusto, y el desarrollo de la creatividad.

Como resultado de tal “pecado” —realmente gravísimo, por las consecuencias que de él se han derivado—, ni se ha logrado formar especialistas en literatura, ni se ha logrado formar especialistas en historia del arte, ni se ha logrado formar especialistas en historia de la literatura, ni se ha logrado formar especialistas en arte y, lo que es peor, se ha logrado, y con creces, que los alumnos queden “vacunados” para siempre frente a cualquier manifestación artística. El hecho de que las clases sean impartidas por muchos maestros sin la preparación suficiente; el hecho de que los textos y programas no respondan a una verdadera pedagogía del arte; el hecho de que no haya habido una infraestructura artística para que los estudiantes entraran en contacto directo con diversas manifestaciones estéticas, cuantitativa y cualitativamente significativas, han servido para incrementar las posibilidades de “inmunización” de esta real “vacuna estética”.

Por lo tanto, será necesario encomendar —a especialistas en arte, pedagogía, didáctica y psicología— la evaluación y replanteamiento de

los *modos* para convertir el estudio y la experiencia artística en un auténtico recurso de formación académica y de crecimiento humano. Esto lleva implicado un requisito anterior y fundamental: reconocer, declarar y defender los valores de la experiencia artística, sacar al arte de la esquina oscura, marginal y despreciada a que, a lo largo de tanto tiempo, lo han sometido: una visión emasculada del hombre y la vida, un machismo y un pragmatismo irracionales y aberrantes, una preponderancia obsesiva de los apetitos y las sollicitaciones materiales, una negación demencial de los valores espirituales, y una pedagogía irreal e irresponsable.

En segundo lugar, habrá que revisar, desarrollar y potenciar la infraestructura artística, imprescindible recurso sin el cual cualquier pedagogía del arte, y cualquier búsqueda de los valores pedagógicos del arte, resultan esfuerzos prematuramente aniquilados en su origen, dirección y sentido. Ya se han señalado algunos elementos fundamentales de esta infraestructura. Esos, y otros, habrán de ser el pivote para que el arte se pueda enseñar como se debe y para que el arte deba enseñar lo que él puede.

## VII

Esta “utopía pedagógica nacional” que confía en lo que la educación pueda hacer por el país y en lo que el arte pueda hacer por la educación, demanda el replanteamiento de actitudes en varias instancias de la vida social, como más arriba ha quedado dicho.

Sin la capacidad visionaria del Estado; sin la solidaridad del poder económico; sin la honestidad de la política; sin la racionalidad de la administración; sin el profetismo de las iglesias; sin la responsabilidad de la familia; sin el apoyo de la ayuda internacional; sin la vocación y el esfuerzo de los educadores; sin la conciencia y el trabajo de las nuevas generaciones, no será posible realizar esta

**Implica el señalamiento de los *saberes, haceres y sentires* que cada salvadoreño y cada salvadoreña habrá de desarrollar para ser y sentirse realmente hombre y realmente mujer, realmente humanos.**

gran utopía, que por utopía es realmente posible, y la sociedad salvadoreña deberá entrar al siglo venidero con el talante de un país simiesco e invivible.

Sin el trabajo de los artistas, esta utopía tampoco será posible. Son ellos los autores de esos bienes de la cultura que se llaman obras de arte, por lo que harán el bien pertinente al descubrir, asumir, realizar y defender su vocación, como lo harán al instalar su actividad creadora en el marco de una vida noble, auténtica y libre.

Sin bien se ve, la "utopía pedagógica nacional" no busca cercenar a la vida los placeres y dolores que la hacen humana. Busca, sí, atemperarlos y sobre todo no absolutizarlos, sino más bien ubicarlos en la condición de circunstancia a que

quedan reducidos, cuando los saberes, haceres y sentires de la condición de vivir se orientaban hacia una opción preferencial por la elevación y la trascendencia.

Hoy, cuando los mártires están enterrados, y los héroes cansados, olvidados o vendidos, es el momento de que otro contingente de hombres y mujeres asuma nuevas modalidades de heroísmo, para hacer que el país, del mismo modo como el 5 de agosto de todos los años su "patrono" cambia las vestiduras terrenas por la luminosidad divina en la gran procesión del "descubrimiento" y la "bajada", inicie, fortalezca y culmine esta justa, necesaria, impostergable e ineludible transfiguración nacional.

San Salvador, El Salvador: en el séptimo mes del quinto año anterior al final del milenio.

